

Santa Muerte, psique individual y mentalidad de grupo

Stefano Candellieri, Davide Favero

Abstract

El presente artículo pretende indagar en las conexiones existentes entre el culto a la Santa Muerte y las exigencias individuales y colectivas que subyacen a dicha práctica. El fenómeno, desarrollado en México se afronta en clave interpretativa psicodinámica, sin omitir los elementos sociológicos y antropológicos que con dicho fenómeno se relacionan. A nivel analítico, el culto, considerando los fenómenos sociales de violencia, inestabilidad e inseguridad del país en el que se se radica, muestra importantes analogías con la dimensión psicopática de la psique individual y de la mentalidad de grupo. El parasitismo como estilo relacional invoca una relación disfuncional madre-hijo, que refleja las modalidades de relacionarse con la Santa. Las reflexiones finales se centran en las “ventajas psicológicas” que dicho fenómeno parece poseer: el culto, catalizador de violencia, permite albergar la esperanza de escapar de un universo asfíctico y abandonico.

The paper inquires into the connections between the cult of Santa Muerte and the individual and collective needs which give rise to the practice. The phenomenon originating in Mexico is examined from a psychodynamic point of view but relevant sociological and anthropological factors are present too. The cult, originated in a land where violence and instability are the norm, shows important analogies with the psychopatic dimension of the individual psyche and of group mentality.

Parasitism as a relational style recalls a disfunctional relationship between the Mother and the Child, and this reflects the way in which devotees relate to the Santa Muerte. Final remarks concern the “psychological advantages” which the phenomenon seems to possess: as a “container of violence”, the cult allows devotees to cultivate the hope of escape from a violent and asphyxial universe.

Keywords

Santa Muerte, Psicopatía, Grande Madre, Clastrum, México

Una lista en orden alfabético: *Bonita, Chiquita, Comadre, Doña, Flaca, Flaquita, Hermana Blanca, Hermosa, Jefa, Madre, Matrona, Mi Amor, Niña Blanca, Patrona, Santísima Muerte, Santita, Señora, Señora de las sombras, Señora de Luz*. Estos son solo algunos de los nombres que diez millones de fieles han atribuido a la *Santa Muerte*, culto religioso en rápida expansión muy practicado en México, Argentina y entre la población hispanohablante de los Estados Unidos, que ha acaparado la atención de los medios de comunicación por una de sus numerosas singularidades: los narcotraficantes se encuentran entre los fieles más devotos a la *Santa*.

Como recuerda Fabrizio Lorusso, “Desde finales de los noventa la mayor parte de las noticias impactantes relativas a la captura y muerte de delincuentes, secuestradores, asesinos y narcotraficantes, resaltaban morbosamente la presencia de altares a la Santísima en sus residencias privadas o en sus escondites. Se ha producido una verdadera caza de brujas, o mejor dicho de una sola “bruja”, para teñir de negro crónicas ya de por sí más negras que la muerte”.

Evidentemente el culto de la *Santa Muerte*, de origen incierto y controvertido no es prerrogativa exclusiva de los *narcos*, aunque en Europa se haya dado a conocer especialmente por este aspecto. Abarca muchas clases sociales de la demografía mexicana, no solo las más humildes y marginales, los desposeídos, las clases más bajas, sino también la clase media.

Sin embargo, la necesidad endémica del circo mediático de generar noticias sensacionalistas ha aprovechado enseguida, la componente macabra del fenómeno religioso, dedicándole amplio espacio: documentales, entrevistas y programas de debate se repiten hasta la saciedad, otorgando, en la aldea global, nueva linfa a los *τόποι que lo caracterizan*. No es casualidad que la Santa Muerte se haya extendido partiendo de México, el país en el que vivía García Márquez cuando engendró a sus “hijos” Aureliano Buendía, Remedios y la tierra imaginaria de Macondo, contribuyendo a fundar el realismo mágico en el lugar donde tradicionalmente el día a día se funde con los fenómenos de sugestión, los actos apotropaicos, el pensamiento mágico y la superstición. Pero México es también tierra de muerte: 60.000 asesinatos en seis años en el marco de la guerra del narcotráfico. En México se encuentra además Ciudad Juárez, ciudad que, como recuerda Silvia Giletti, ha poseído durante años el récord mundial de homicidios, de los cuales, al menos 500 feminicidios documentados desde 1993 y miles de casos de desaparecidas aún sin resolver.

Los últimos veinte años del país se han caracterizado por violentas crisis sociales, financieras, políticas, e incluso naturales (el devastador terremoto de 1985), que enfatizan prepotentemente la asociación entre vida e incertidumbre. Cuando se habla de México de poco valen los pactos con el diablo de Peter Schlemihl – el personaje de Chamisso- o de Fausto. No funciona ni siquiera la lectura magistral de Ariès sobre la represión de la muerte en Occidente: Precisamente en la época de la escisión colectiva de la muerte, surge con mayor fuerza su culto.

La habitual relación con la muerte en México, además de ser un hecho cotidiano, representa un elemento cultural tradicional: baste pensar que el *Día de Muertos*, con dos días de fiesta nacional, ha sido declarado “Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad” por la UNESCO.

En el plano sociológico, el culto a la *Santa Muerte* sin ser revolucionario, sin confirmar verdades nuevas, trata de ofrecer lo que los devotos anhelan: que los negocios prosperen, que el amor sea correspondido, que no haya que recurrir a los médicos. No son tiempos de salvación eterna y trascendente, la simple supervivencia cotidiana resulta se da por buena. Actualizando el pensamiento de Robert Hertz, tal representación colectiva de la muerte puede reforzar la cohesión social facilitando la reparación del tejido social tras numerosas heridas sufridas.

Pero más allá de su función colectiva, lo que evidencia la originalidad del culto y lo que permite captar su significado proyectivo es la intensa personalización de la relación entre el individuo y la Santísima Muerte. Mientras que en las religiones reveladas la pantalla sobre la que se reflejan las proyecciones del individuo, está ya en buena parte ocupada y disciplinada por los contenidos teológicos propios de las mismas religiones, en el caso de la relación con la *Santa Muerte* esto no sucede: la idea de la divinidad, debido a la sustancial ausencia de un aparato litúrgico codificado colectivamente, se convierte en un contenedor solipsista *ad personam* de las fantasías y las angustias del sujeto, además, naturalmente, de cumplir con su función electiva, o sea, la de responder a las necesidades espirituales del individuo.

Debido a la difusión de imágenes e información a través de Internet, en los últimos años han aumentado tanto los elementos transpersonales del culto -así por ejemplo, el hábito de "purear" la *Flaca* con la aspersión realizada mediante *los Puros*, los cigarros cubanos- como los elementos de diferenciación individual que hacen esencialmente inaprensible una descripción completa de las infinitas variaciones de las prácticas asociadas con la Santa, a su vez alimentadas por el creciente sincretismo cultural y religioso del que proceden. En los altares domésticos utilizados para las ofrendas no es raro encontrar, de hecho, otros santos, deidades hindúes, precolombinas y católicas y fotografías de personas laicas, a su vez investidas de santidad por proyecciones personales.

Estéticamente, la Santa Muerte, en su vertiente popular, se muestra vestida con una túnica larga de la que sobresalen solo el cráneo, los huesos de los pies y los de las manos. Normalmente, las manos sostienen un globo terráqueo, una guadaña y una balanza, simbolizando respectivamente la ausencia de límites, la capacidad de acabar con la vida - la guadaña siega el grano - y el equilibrio. Los colores de la túnica son variados y los selecciona el devoto en función del tipo de petición que la Flaquita tendrá que conceder: verde para la justicia, amarillo para el dinero, rojo para el amor, por citar solo algunos .

Por tanto, las súplicas dirigidas a la *Santa Muerte* persiguen, dependiendo de los *desiderata*, tanto posibles beneficios "blancos" como maleficios "negros", .

El rito, con características milagrosas y sobrenaturales, prevé que, para la obtención de lo que se ha pedido, haya que ofrecer un tributo, llamado manda, a la Niña Blanca en forma de oblación, acciones, rezos, ofrendas, promesas de cambio personal y, probablemente, sacrificios. Como recuerda Diana Washington Valdez, la idea del sacrificio está profundamente arraigada en la cultura mexicana. La colonización impuso un cambio en los cultos sacrificales paganos preexistentes, introduciendo el modelo del sacrificio de Cristo, verdadera "diferencia entre el cristianismo y el paganismo." Para la doctrina católica, el sacrificio se rememora en el ritual de la Eucaristía, de modo que ya no son los seres humanos quienes tienen que sacrificarse, sino que es la divinidad misma quien intercede para obtener el favor divino. Aunque nunca se diga explícitamente, ya que faltarían las pruebas "oficiales", entre líneas se puede intuir en el texto de la autora una hipótesis de correlación entre las víctimas de los feminicidios y la oferta sacrificial a la Santa Muerte, sacrificio que, es importante recordar, aspira siempre a conseguir y a mantener el poder.

Continuando con el análisis de los elementos originales de la fenomenología de la Santa Muerte, cabe mencionar la ausencia de una hagiografía específica, presente normalmente en los otros Santos, y es que en la Bonita, no habiendo existido históricamente, se unen la dimensión abstracta, conceptual y nouménica, características de una divinidad absoluta, con la fuerza ctonia, empírica e inmanente de la muerte.

¿Quién puede dudar de su poder?

La síntesis resultante genera en el imaginario colectivo una hipóstasis que evoca el arquetipo de la Gran Madre entendido en su doble polaridad: *Señora de las sombras* y *Señora de Luz*.

La opinión común entre los fieles es que la *Señora de las Sombras* es absolutamente vengativa contra todo aquel que no respeta sus compromisos y no muestra una entrega total a su culto, aun cuando no exista un vínculo de exclusividad. La guadaña castradora y aniquiladora es una advertencia explícita, capaz de detener en cualquier momento la fertilidad vital para transformarla en su opuesto. Una auténtica "madre de la muerte", una nueva Kali que es mejor no provocar, sino aceptar sus condiciones, a su vez, resultado de procesos de identificación proyectiva.

Desde una perspectiva psicodinámica, el culto a la Santa Muerte nos permite elaborar una reflexión más profunda, teniendo en cuenta el hecho de que la sociedad en la que se arraiga dicho culto, sociedad caracterizada, como se ha mencionado, por considerables niveles de inestabilidad, violencia e inseguridad y de la que los narcos parecen constituir el epifenómeno, muestra importantes analogías con la dimensión psicopática de la psique individual y de la mentalidad de grupo. Por consiguiente, puede ser útil para una mejor comprensión del culto, una exploración sintética de esta área de la psicopatología, la "psicopatía", categoría diagnóstica vaga, considerada durante mucho tiempo más propia de la psiquiatría forense y del aparato judicial, que de la psiquiatría clínica y de la psicología dinámica. La psicopatía está, de hecho y sin duda alguna, frecuentemente asociada con el mundo de la criminalidad, del que, a nivel microscópico emerge, sobre todo, una impronta sociopática; pero es importante recordar, al menos de pasada, que una impronta psicopática más o menos estructurada y más o menos invasiva, puede tomar forma, incluso en escenarios completamente diferentes, desde las instituciones penitenciarias clásicas (cuarteles, hospitales psiquiátricos, prisiones) hasta las instituciones políticas y sociales en su sentido más amplio.

El punto de partida de esta breve digresión dentro del universo psicopático, en el que parece penetrar al menos una raíz importante del culto mexicano, se origina a partir de la definición tradicional de la psicopatía como "locura sin delirio", que sugiere un modo de sufrimiento psíquico que en apariencia no afecta al pensamiento, y que parece tomar forma, más bien, en el comportamiento: una manera de actuar perturbada y perturbadora se sitúa en el centro de la escena psíquica.

¿Cuáles son sus rasgos característicos?

En primer lugar, una manera de relacionarse con el otro marcada por la explotación parasitaria y utilitaria: el otro no se percibe como objeto relacional autónomo cuyos límites se deben respetar; es más bien una "cosa" que puede proporcionar la satisfacción de necesidades primarias (como por ejemplo, el modelo dialéctico que se establece en el

culto entre devoto y Santa). En el plano social puede ser el comprador final de estupefacientes en el caso del narcotráfico, así como la mujer transformada en objeto por el acosador, no tanto fuente de gratificación libidinal, como contenedor en el que aliviar el odio y la violencia. Incluso las relaciones aparentemente sólidas como la camaradería gregaria en las bandas de delincuentes -basta pensar en los cárteles del narcotráfico, en los Zetas o en la Mara Salvatrucha – obedecen a lógicas emotivas primitivas: el otro en este caso sólo existe en el papel definido por la pertenencia regresiva al grupo y no como individuo. De esto deriva, como una consecuencia previsible, un aspecto profundamente amoral, si se excluye una pseudo-moralidad de grupo que puede afectar tanto a una banda criminal, como, por poner un ejemplo diferente y evidentemente *mutatis mutandis*, a ciertas barras bravas en las canchas: normas codificadas de pertenencia sustituyen, en otras palabras, a una auténtica dimensión ética.

Del parasitismo como estilo relacional, deriva también un indicador más: la tendencia a las adicciones: de los psicofármacos a los juegos de azar, de la sexualidad compulsiva del donjuanismo al poder y al dinero vividos como drogas. Hemos dicho “deriva”, pero mirándolo bien, o mejor dicho, mirándolo desde una perspectiva psicoanalítica, nos topamos con la modalidad de relación que acabamos de describir. De hecho, las relaciones interpersonales no son las únicas marcadas por una explotación utilitaria; en realidad, se puede decir más bien que el “estar en el mundo” global de la psicopatía está marcado constantemente por la ausencia de autenticidad de relación: todo (personas, cosas, comportamientos) se convierte al final en una masa indistinta con la que llenar de modo bulímico y circular un enigmático e inquietante vacío interior.

Precisamente este agitado movimiento de tipo adictivo puede ocultar, como un ruido de fondo, otro elemento definitorio: la profunda pasividad del psicopático y del grupo psicótico (o de la parte psicótica de la personalidad en el interior de la mente individual). No hay, de hecho, originalidad de pensamiento dentro de esta dimensión psíquica, definida por la división acrítica y estereotipada de patrones de comportamiento e ideales. No es cierto, por tanto, que en la psicopatía no existan trastornos del pensamiento: el pensamiento, sin estar gravemente alterado en su forma – como ocurre, en cambio, en muchos cuadros esquizofrénicos- es, sin embargo, un pensamiento característico “no pensante”, fundamentalmente incapaz de actividad simbólica y, por tanto, radicalmente “concreto”. Es inevitable, por tanto, que por un lado el *actuar* se superponga al *pensar*; esencialmente frágil e inadecuado, y por otro lado que exista una frecuente dependencia de un líder, a quien someterse de manera pasiva y acrítica hasta el extremo de la *participation mystique*, tanto si se trata, en palabras de Lévy-Bruhl, de un sujeto vivo y no de un personaje significativo del propio pasado biográfico o histórico, como si se trata de un icono o un símbolo.

Esta constelación de elementos tiene sus raíces, abandonando el nivel fenomenológico, en un universo mental muy concreto, para cuya descripción debemos tener en cuenta un modelo de relación madre-hijo, marcado no por el amor y por la disposición a un crecimiento recíproco, sino más bien por el despojo y el la manipulación del otro. Una madre que golpea a su propio hijo no es, por desgracia, un ejemplo infrecuente de una relación en la que el niño se utiliza como contenedor de brutales intrusiones evacuativas

maternas, pero por otro lado, también una madre que impide a su propio hijo ser independiente lo está usando como objeto privado: en este tipo de situaciones, el contenedor mental, que en la relación madre-hijo tendría que nacer y crecer, se vuelve más semejante, en un plano metafórico, a un vertedero de basura que a aquella "casa del pensamiento" que es su verdadera esencia. Por tanto, es comprensible que Donald Meltzer se refiera a la dimensión psicopática hablando, en el típico y a veces barroco idiolecto kleiniano, de vida en el recto de la madre, a su modo de ver el *claustrum* por excelencia, engendrado por una relación madre-hijo basada en identificaciones intrusivas, invasivas y recurrentes. *Claustrum* como lugar de expoliación, negación, evacuación, exilio, lugar donde "existe un solo valor: la supervivencia." En este lugar abandonado y desvitalizado, se perfila al fondo la presencia de un super-yo primitivo y tiránico, que podríamos describir (buscando una imagen más fácil de usar que la elaborada en el léxico kleiniano) como un objeto paterno, dominado por lógicas de reglas y verticalidad, no aplacado por un objeto materno vital, que resulta básicamente ausente: dicho de otro modo, es el mundo de Creonte sin Antígona.

En esta dimensión mental, el recuerdo, nunca completamente ausente, de estados más vitales resuena como un "Paraíso perdido"; "la vida en el vientre materno y la vida de las relaciones íntimas (en cuyas raíces está el ser amamantado), con los placeres del pensamiento y con el crecimiento de significado emocional a través del aprendizaje desde la experiencia", atormentan por su ausencia al exiliado en este valle de lágrimas claustrofóbico. .

A este respecto, Meltzer observa : "Básicamente, estamos hablando de la región de la realidad psíquica en la que la atmósfera del sadismo está ampliamente extendida y la estructura jerárquica de la tiranía y de la sumisión presagian la violencia", y prosigue ", es una región de religión satánica, gobernada por el gran pene fecal, es el mundo del "Gran Hermano" de Orwell. Por tanto, es un mundo de grupos, mejor aún, de tribus o de Grupos de Supuestos Básicos de Bion. Un mundo de presunciones y no de pensamientos, en el que justicia significa o ley o antecedentes, y donde ser genuinamente diferente significa ser descubierto como un intruso por el gran "Detector de judíos "".

El culto a la Santa Muerte, considerado en la polaridad de la Gran Madre Negativa, parece, pues, saldamente enraizado en el universo mental descrito, representando una sorprendente amalgama híbrida de los dos "objetos" psíquicos que dominan el *claustrum*: un indiscutible super-yo, arcaico y sádico y la "madre muerta", entendida esta última como la falta de las cualidades mentales vitales de la madre, especialmente de su capacidad de *rêverie*, en pocas palabras, la capacidad de mentalizar las necesidades del recién nacido, devolviéndole un clima emotivo liberado de las angustias primigenias.

La Santa Muerte, de hecho, tiene el poder absoluto del super-yo arcaico, árbitro enigmático de vida y de muerte, a quien calmar mediante sacrificios apropiados para no desencadenar una ira de consecuencias imprevisibles. Por otra parte, la referencia icónica obvia a la Virgen María, de quien no es sino una versión ctonia y literalmente mortífera,, representa plásticamente la "madre muerta", una madre "sin leche" y desvitalizada, vinculada simbólicamente más a las Parcas o las Furias que a la iconografía cristiana. El vínculo con las primeras aparece, por lo demás, reformulado a un nivel más primitivo, en

la medida en que esas divinidades forman parte de un universo politeísta que se hace portavoz de un panorama psíquico, articulado y complejo, en las ocasiones en las que la Santa Muerte es una divinidad solitaria que domina sin rival alguno un mundo psíquico sustancialmente indiferenciado e individualista.

También aparece impregnada de la atmósfera claustrofóbica apenas descrita, la calidad de la relación del adepto con la *La Señora de las Sombras*. Como se señaló anteriormente, no existe, de hecho, una auténtica ἐκκλησία, y la relación de cada fiel con la Santa es directa, sin la mediación de ningún tipo de ministro del culto, e individual, comparable a los *clientes* en la cola de la sala de espera del poderoso del momento con la solicitud de prebendas (beneficios sine cura animarum) y favores.

De hecho, una actitud con respecto a lo divino de este tipo está presente en mayor o menor medida en todas las religiones, pero a menudo contenida por una dimensión colectiva y organizada del culto para limitar las tendencias individualistas, así como por una mayor y armoniosa riqueza simbólica de la imagen de lo divino, elementos que parecen casi ausentes en el culto a la Santa Muerte.

Una relación con lo divino, por tanto, literalmente de clientelismo más que religiosa, probablemente tendente a pedir materializaciones de poder (éxito, riqueza, victoria sobre los enemigos, etc.), que habría que entender, sin embargo, no sólo como realizaciones de deseos orales, más o menos infantiles, sino también, más profundamente, como búsqueda de una escapatoria del asfíctico universo del *claustrum*, tratando de materializar el añorado "Paraíso perdido" (la rica vida de los narcos, al menos por lo que conocemos a través de los medios de comunicación, es un ejemplo elocuente). Un "Paraíso Perdido", que, sin embargo, incluso cuando se alcanza con toda la riqueza que permite una vida de lujos, no puede, evidentemente, considerarse una salida vital. Viene a nuestro encuentro, en este sentido, de nuevo Meltzer, quien al comentar la búsqueda de una vida de lujo como antídoto a la desesperación, observa: "No es extraño que los hoteles de lujo tengan ventanas que se abren sólo unos pocos centímetros." Precisamente la vida de los narcos, con sus suntuosas villas que son al mismo tiempo búnkeres, parece expresar esto de modo evidente.

Podemos terminar estas reflexiones, deteniéndonos en los beneficios psicológicos que el culto a la Santa Muerte parece poseer. En primer lugar, como icono que permite la exteriorización de un problema psíquico, atenúa la tensión dentro del individuo y las consiguientes consecuencias sociales. Es verosímil, de hecho, que el culto a la Santa Muerte permita un cierto grado de atenuación de la violencia, que en su ausencia podría ser aún mayor de lo que es hoy.

En segundo lugar, y para concluir, el culto a la *Señora de Luz* permite cultivar la ilusión de la posibilidad de salir precisamente de este universo asfíctico y abandonico que ella expresa con plasticidad extrema. También esto podría tener la consecuencia positiva de contener, al menos en cierta medida, el potencial explosivo de la sociedad en la que se practica, en este sentido -marxista y sin ninguna ironía con respecto a la producción y el comercio de drogas presentes en esa sociedad- un auténtico "opio" del pueblo.